

LA MENTE COMO RETÓRICA. CONSIDERACIONES SOBRE LA CONSTITUCIÓN SOCIAL DEL CONOCIMIENTO COMÚN.

Eduardo Crespo Suárez

Departamento de Psicología Social.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología.

Universidad Complutense de Madrid.

El interés por la retórica suele reavivarse en tiempos de crisis de certidumbres como, al parecer, son los nuestros. Ello es así ya que lo que la retórica plantea es una alternativa posible a la seguridad de la certeza, permitiendo escapar de la trampa, tanto epistémica como política y moral, de considerar que la ausencia de certidumbre supone necesariamente la ignorancia y la falta de criterios¹. La retórica -o al menos una versión de la misma, ya que la historia de la retórica es bien compleja- supuso siempre un intento por recuperar la racionalidad de lo frágil y por denunciar la violencia de lo seguro.

En esta misma serie de conferencias, ahora publicadas como artículos, Enrique Luque ha analizado desde la perspectiva antropológica el sentido de una reflexión retórica. No voy a repetir lo allí tan bien expuesto. Mi pretensión ahora es plantear algunas cuestiones vinculadas a lo que podría ser una psicología social del conocimiento discursiva, en la que la retórica, tal como Billig planteó hace ya algunos años, podría servir como modelo cognitivo. La idea de fondo de un planteamiento discursivo del conocimiento es intentar superar las dicotomías que impiden concebir socialmente la subjetividad. Tanto la dicotomía cartesiana entre *res cogitans* y *res extensa* como, a mi entender, la dicotomía durkheimiana entre representaciones colectivas y representaciones individuales constituyen los principales obstáculos que la psicología social tiene actualmente para abordar los procesos cognitivos de un modo coherentemente social. La teoría de las representaciones sociales, desarrollada a partir de la obra de Moscovici, ha supuesto un intento por superar la dicotomía durkheimiana entre las representaciones colectivas, concebidas como hechos sociales, y las representaciones individuales, entendidas como percepciones e imágenes no sociales, pero creo que la teoría de las representaciones sociales sigue -en la mayoría de sus versiones- un concepto cognitivo del conocimiento como representación de algo que está fuera, el objeto o situación conocida.

A diferencia del concepto representacional del conocimiento, que de un modo u otro sigue manteniendo la dicotomía individuo / sociedad, podemos entender el conocimiento como un proceso relacional, como una característica de la práctica social y no como una propiedad interna del sujeto, anterior e independiente de la acción (como actitud, por ejemplo, en la consideración estándar de las actitudes como cogniciones determinantes de la acción y diferenciables de ésta). Esta es una perspectiva que podemos encontrarla ya bien definida en la psicología social de G. H. Mead (1909, 1934) y en artículos tan lúcidos como el de C. W. Mills (1940) sobre vocabularios de motivos, mucho antes, por tanto, de los más actuales planteamientos discursivos y construccionistas. Entre estos planteamientos me referiré a la idea de Billig (1987, 1988a, 1988b) de concebir los procesos sociocognitivos en términos retóricos. Para ello, haré una breve referencia al interés retórico por la argumentación, en especial, en la nueva retórica que surge a mitad de nuestro siglo, así como al interés de la psicología social por la retórica, para destacar finalmente la cercanía entre la retórica y la psicología dialógica.

El interés de la retórica por la argumentación

¹ En el breve prefacio que hace Michel Meyer al *Tratado de la argumentación* de Perelman y Olbrechts-Tyteca, considerada como una de las obras principales de la llamada Escuela de Bruselas, señala cómo "la retórica resurge siempre en periodos de crisis. El hundimiento del mito, entre los griegos, coincide con el gran periodo sofístico. La imposibilidad de fundamentar la ciencia moderna, su apodicticidad matemática, por parte de la escolástica y la teología heredadas de Aristóteles, conduce a la retórica del Renacimiento. Hoy, el fin de las grandes explicaciones monolíticas, de las ideologías y, más profundamente, de la racionalidad cartesiana basada en un sujeto libre, absoluto e instaurador de la realidad, e incluso de todo lo real, ha tocado a muerto por una cierta concepción del *logos*" (p.II). Esta afirmación, realizada en 1958, creo que sigue siendo mantenible todavía hoy en día y, si cabe, con más sentido. La crisis de las explicaciones monolíticas es básicamente, a mi entender, una crisis de certidumbres; no en vano Perelman, al igual que a principios de siglo los pragmatistas, se plantea la retórica en claro enfrentamiento con el cartesianismo que, como dice Bernstein (1993), está marcado por la angustia de la certidumbre.

La retórica fue concebida desde un principio como el arte de la persuasión. El poder que los antiguos ciudadanos griegos reconocieron a la retórica se fundaba en una pasión por la palabra. Es ese amor y confianza en el poder de la palabra, el que llevó a considerar ésta como una alternativa a la violencia física. La defensa a través de la palabra y no exclusivamente por medio de la fuerza física empezó a formalizarse como un saber, al parecer, cuando en Sicilia, en el siglo V a.C., murieron o fueron exiliados los tiranos, surgiendo así la necesidad de defender los propios intereses ante los jueces, mediante el recurso a la oratoria y la argumentación. En palabras del propio Aristóteles, al inicio de la *Retórica*, cuando habla de la utilidad de la misma, "sería absurdo que fuera deshonesto no poder ayudarse uno mismo con el cuerpo, y que no valerse con la razón (*logos*) no lo fuera, pues esto es más específico del hombre que el servirse del cuerpo" (p.9). Esta práctica, que es básicamente judicial y política, se desarrolla plenamente en la democracia ateniense. Tal como dice Tovar (1990), en la introducción a su edición bilingüe de la *Retórica* de Aristóteles, "hay indudablemente una íntima conexión entre el desarrollo de la retórica y un régimen político donde el uso de la palabra alcance su pleno valor. La *isegoría* o "igualdad de derecho a la palabra" hacía necesario a todo ciudadano que aspirase a intervenir en la dirección de negocios públicos adquirir práctica en la oratoria" (p. VII). En la Atenas de Pericles se establece, para escándalo de algunos, una práctica educativa orientada a la adquisición de recursos persuasivos, siendo los sofistas los maestros de este nuevo arte². Sobre el concepto de verdad y la (i)racionalidad e (in)moralidad de la persuasión giran muchos de los debates de la época clásica, cuyo principal reflejo está en Platón, de cuyo rechazo a la sofística y la retórica somos herederos hasta en el lenguaje cotidiano, cuando utilizamos como descalificación expresiones tales como "eso es pura retórica", por ejemplo.

No voy a entrar en mayor detalle sobre lo que fueron – y siguen siendo- debates filosóficos y políticos apasionantes. Sólo quiero señalar, de modo muy sintético, que entre las cuestiones que la práctica de la retórica puso de relieve y que suscitan hoy en día especial interés podemos encontrar, entre otras, las siguientes: Por una parte, y de modo principal, la legitimación del pensamiento falible, de la opinión común, de la *doxa*, como ámbito de pensamiento susceptible a la crítica y la evaluación, en oposición o diferenciación del pensamiento firme, científico, de la *episteme*. Esta es una cuestión fundamental en nuestra sociedad, ya que se nos plantea con frecuencia, desde un cientifismo dogmático, una dicotomía entre ciencia y opinión, entre *episteme* y *doxa* o entre conocimiento y creencia, que se caracteriza por adscribir de modo excluyente la racionalidad -identificada con la lógica y con la certidumbre de la demostración- en uno de los lados, el de la *episteme* y la ciencia, dejando a todo el conocimiento común ayuno de legitimidad propia y dependiente, por tanto, de la autoridad de los sabios y los expertos. Este problema de la autoridad y legitimidad del discurso cotidiano está en la base de algunas cuestiones tan actuales y candentes como la fundamentación de la democracia en la opinión pública, los límites de la tolerancia y el respeto a la diversidad. Junto a este interés por el pensamiento falible, la retórica destaca el carácter de antifonía o dialogía propio del pensamiento común. Desde un punto de vista retórico, en el que el sentido de una proposición y su verdad está inextricablemente unido a la práctica comunicativa y a la vinculación con el auditorio (este es el sentido del famoso *anthropos metron* de Protágoras, el ser humano como medida de todas las cosas. Cfr. Mailloux, 1995), es posible considerar que posiciones diferentes e incluso contrapuestas no son incompatibles por principio, ya que en definitiva el significado se caracteriza por la sobredeterminación y no por la lógica de la oposición y la diferencia

Aristóteles reconoció la retórica como un arte, como una *tejné*, diferente del mero saber empírico sobre los modos de persuadir al adversario. Lo más propio de ese arte es la argumentación retórica, cuyo

² Romilly (1997) analiza la novedad que supuso la enseñanza de los sofistas. En la Grecia aristocrática e incluso, después de instaurada la democracia, la educación se centra en el valor y los méritos físicos; estos valores, vinculados en origen a la guerra, se materializaron posteriormente en el deporte y el atletismo. Junto al entrenamiento en el deporte por el *paidotribes*, se enseñaba la música por parte del citarista, como entrenamiento en la disciplina y la armonía, y la lectura y la escritura por parte del *grammatistés*. La enseñanza de los sofistas se centra en el ejercicio de la inteligencia. "La práctica de la inteligencia era común a todos ellos con los filósofos. Pero ahora se ejercitaba, con ellos, en un marco nuevo y para fines nuevos. Estos maestros no eran como los filósofos ... teóricos desinteresados en busca de verdades metafísicas: la instrucción que facilitaban era tan práctica, y debía ser tan eficaz en la vida como una técnica profesional; pero su alcance rebasaba el marco de las profesiones: era una *téjne* para el ciudadano"(p.48). Lo que más destacaba en oposición a la educación clásica era "la oposición así abierta entre la inteligencia y el deporte" (p.52)

fundamento es el entimema, que viene a ser un silogismo en el que una de las premisas no es una afirmación apodíctica e incondicionalmente cierta sino un tópico o lugar común, es decir, una convención social. Es esa capacidad de argumentación, más que la mera capacidad para influir en "las emociones del alma" (p.5), lo que caracteriza la retórica aristotélica. La evolución posterior llevó a una acentuación del aspecto ornamental del discurso³ y a una diferenciación, inadmisibles para los clásicos, entre pensamiento y expresión, entre ideas y palabras. Así, mientras la gramática se dedicaba a las figuras de la palabra, la retórica se consideraba el terreno de las llamadas figuras del pensamiento, consideradas como un mero ornato en los discursos. Cuando Pierre Fontanier publica entre 1821 y 1830 su *Figures du Discours*, considerado por sus contemporáneos como "la cima de la retórica francesa" y utilizado durante muchos años como manual de retórica en los Liceos franceses, empieza el primer capítulo diciendo que "el pensamiento se compone de ideas, y la expresión del pensamiento por el habla (*parole*) se compone de palabras (*mots*)" (p.41). El discurso se entiende, con este tipo de dualismo, como un puente entre el pensamiento y el habla, como "el medio por el que un pensamiento se hace sensible a través del habla"; las figuras del discurso, de las que se ocupa esta retórica, se entienden, pues, como mero artificio: "*Les figures du discours sont les traits, les formes ou les tours plus ou moins remarquables et d'un effet plus ou moins heureux, par lesquels le discours, dans l'expression des idées, des pensées ou des sentiments, s'éloigne plus ou moins de ce qui en eût été l'expression simple ou commune*" (p.64). La preocupación de los clásicos y especialmente de Aristóteles por la fuerza argumentativa del discurso, por su legitimidad dentro de la falibilidad y la contingencia, se ha transformado y restringido a un complejo entramado de tropos y figuras ornamentales susceptibles de embellecer el lenguaje y agrandar con este embellecimiento.

En tiempos ya recientes, a partir especialmente de la segunda guerra mundial, se plantea un nuevo interés por la retórica (véase Plantin, 1998 para una exposición somera de este nuevo auge). Entre estos desarrollos más actuales de la retórica me parecen especialmente interesantes e influyentes los trabajos de Toulmin y Perelman que, aunque muy diferentes en sus puntos de partida, coinciden en su interés por la racionalidad práctica.

Toulmin (1958, 1977) se plantea el problema de la racionalidad en términos epistémicos, en términos de la autoridad intelectual de nuestros conceptos. Estos conceptos comunes y cotidianos, con los que abordamos las necesidades y problemas reales, con los que damos sentido a nuestra existencia y justificamos nuestra acción, no son, a su entender, estructuras fijas sino procesos sociohistóricos. Su autoridad, por tanto, no encuentra su fuente última en criterios formales, ahistóricos y permanentes, sino "en las matrices empíricas de la comprensión misma" (Toulmin 1977: 44). En su opinión, tanto en la ciencia como en la filosofía "la preocupación exclusiva por la sistematicidad lógica ha resultado destructiva para la comprensión histórica y la crítica racional. Los hombres demuestran su racionalidad, no ordenando sus conceptos y creencias en rígidas estructuras formales, sino por su disposición a responder a situaciones nuevas con espíritu abierto, reconociendo los defectos de sus procedimientos anteriores y superándolos" (*ibid.* p.12). A su entender, la idea de racionalidad tiene que ver con la capacidad de adaptación a las exigencias y problemas reales, más que con consideraciones formales. Este interés por los problemas prácticos del conocimiento es el que le lleva a interesarse por los procesos argumentativos en términos que podemos considerar retóricos, es decir, en términos sociohistóricamente situados.

En la llamada Escuela de Bruselas, constituida en torno a la figura de Chaïm Perelman, se hace explícito el interés por el aspecto argumentativo de la retórica. La que probablemente sea la principal obra de este grupo, el *Traité de l'argumentation* de Perelman y Olbrechts-Tyteca se plantea explícitamente como una propuesta de desarrollo de una teoría retórica del conocimiento, que permita fundamentar una razonabilidad no necesariamente lógica sino dialéctica y retórica, una teoría, por tanto, anticartesiana (como antes había sido la filosofía pragmatista y la psicología social interaccionista). Tal como señalan al inicio del texto, "La publicación de un tratado consagrado a la argumentación y su vinculación a una vieja tradición, la de la retórica y la dialéctica griegas, constituye una ruptura con una concepción de la razón y del razonamiento, salida de Descartes, que ha marcado con su sello la filosofía occidental de los tres últimos siglos" (p.1). El interés de esta escuela se centra en el estudio de los medios de prueba que suscitan la adhesión intelectual a una tesis u opinión, en el estudio de la persuasión como convencimiento racional y no como mera manipulación y violencia. La adhesión es fruto de la argumentación y no

³ La práctica de la retórica se formalizó como un campo compuesto por un arte de la invención (*inventio*), caracterizado por el estudio de los temas, los argumentos, los tópicos o lugares comunes, las técnicas de amplificación etc., por un arte de la disposición (*dispositio*) de las principales partes del discurso (exordio, narración, discusión, conclusión), y de un arte del estilo (*elocutio*)

consecuencia necesaria de la demostración lógica: "La naturaleza misma de la deliberación y de la argumentación se opone a la necesidad y a la evidencia, ya que no se delibera cuando la solución es necesaria y no se argumenta contra la evidencia" (p.1). Recuperando la concepción sofística y especialmente aristotélica de la retórica, se considera que "el dominio de la argumentación es el de lo verosímil, lo plausible, lo probable, en la medida en que éste escapa a las certidumbres del cálculo" (p.1). La teoría de la argumentación caracteriza un racionalismo crítico que pretende trascender la dualidad juicios de realidad / juicios de valor y que, en definitiva, intenta "escapar del dilema entre la adhesión a una verdad objetiva y universalmente válida o recurso a la sugestión y a la violencia para hacer admitir las propias opiniones y decisiones." (p.682).

Perelman pretende fundamentar, mediante un pluralismo universalista, una retórica que tenga como horizonte un auditorio universal, que supere la versión más cínica de la inconmensurabilidad. Ahora bien, tal como señala Taguieff (1990) es posible entender la retórica de un modo menos idealista o irenista, en el que el consenso potencialmente universal, como horizonte constitutivo de un mito comunicacional, no sea considerado como el único objetivo legítimo del debate argumentativo. "Según que se insista en "las premisas de la argumentación" o que se privilegie la dimensión polémica de toda argumentación, se ponen las bases de una filosofía del consenso o las de una filosofía de la controversia" (Taguieff, 1990:275). La estrecha relación entre la nueva retórica de Bruselas y el modelo jurídico de la decisión y la justificación hace que se prime el hecho de tener que llegar a un acuerdo y decisión, olvidando la posibilidad de mantenimiento de la diferencia y el conflicto, y de hecho, Perelman ha desarrollado poco la contraargumentación y la refutación como elementos de la práctica retórica.

El interés de la psicología social por la retórica

La psicología social siempre ha estado interesada por el estudio de la persuasión. Desde los primeros trabajos sobre la supuesta psicología de las masas y su sugestibilidad así como los estudios experimentales sobre facilitación social hasta los más recientes y complejos modelos sobre cognición social podemos encontrar una preocupación por la persuasión. Este interés es coincidente con el que caracterizó desde siempre al arte de la retórica y, por ello, no es extraño que se haya planteado la idea de una cierta convergencia entre la retórica y la psicología social. La cuestión, sin embargo, es que hay muy diferentes modos de entender la persuasión dentro de la psicología social, así como muy diferentes concepciones de la retórica.

Simplificando un tanto podríamos decir que los dos principales problemas a los que se ha dedicado la investigación en la psicología social sobre la persuasión han sido, por una parte, el tema de la percepción social y, por otra, el del cambio de opinión y actitud. Ambas son cuestiones vinculadas entre sí, ya que, en definitiva, han sido tratadas fundamentalmente en términos de influencia social y, por tanto, como procesos retóricos. Para quienes se han interesado en la percepción social, la preocupación principal ha sido fundamentalmente la distorsión perceptiva. Era -y continua siendo- una preocupación de tipo epistémico, basada en una convicción no problematizada sobre el carácter representacional de la mente y orientada a diseñar modelos cognitivos que permitan comprender los mecanismos de influencia social que supuestamente perturban o distorsionan la objetiva representación del mundo real. La representación y la realidad son, según este tipo de planteamientos, dos cosas totalmente diferentes, manifestándose la influencia social y la persuasión, por tanto, en la alteración de los mecanismos de representación mental de la realidad. Desde esta perspectiva dualista (realidad y representación, objeto y sujeto del conocimiento) se han abordado algunos problemas sociales de gran envergadura como pueden ser el racismo y la xenofobia, los cuales se harían comprensibles, desde este punto de vista, como problemas psicológicos de estereotipia y distorsión perceptiva. El interés por descubrir leyes y procesos universales ha hecho que estas cuestiones se planteen como una característica del proceso perceptivo en sí: percibir, representar o conocer el mundo - que desde este punto de vista son cuestiones equivalentes- es un proceso de construcción cognitiva (categorización, procesamiento de la información) llevado a cabo por los individuos en su enfrentamiento con el medio.

En los estudios sobre cambio de actitud la preocupación por la distorsión de la realidad -y, concomitantemente, por la verdad- pasa a un plano secundario, centrándose el interés en un problema más práctico. Si en el trasfondo de la cuestión sobre la distorsión hay una preocupación epistémica y contemplativa, en el caso del cambio de actitud la preocupación es más bien por la acción, por cómo lograr que las personas cambien y lleguen a pensar y actuar de modo diferente a como lo hacen. La acción es, en este tipo de modelos, básicamente una propiedad de los promotores del cambio, de los

inductores de la influencia (científicos, políticos, propagandistas etc.). Las personas que realmente cambian, quienes modifican su actitud, su opinión y conocimiento son, paradójicamente, consideradas como sujetos pasivos, como receptores de influencia, como sujetos inducidos o manipulados.

En este contexto de preocupaciones el interés por la retórica se manifestó, principalmente, por la indagación sobre las variables que facilitan la influencia social y la persuasión. El caso más explícito de esta vinculación se produjo en la llamada escuela de Yale, donde con premisas de tipo conductista se intentó estudiar el papel de ciertas variables expositivas en la producción del cambio de actitud. El grupo de la Universidad de Yale, bajo la dirección de Carl Hovland, no sólo se interesó por el efecto concreto de ciertos estímulos informativos, sino que pretendió ir más allá de los casos prácticos para formular temas teóricos. En ello coinciden con Aristóteles, pero la diferencia entre ambas formas de entender la retórica estriba en que para éste lo fundamental es el contenido, la invención (*inventio* en la vieja terminología retórica), mientras que para Hovland es la forma, la exposición y disposición (*expositio* y *elocutio*). El optimismo científico que caracteriza a esta concepción de la psicología social con pretensiones de encontrar las leyes (formas) que rigen los procesos de influencia social al margen de las contingencias sociohistóricas (contenidos) de la comunicación persuasiva tiene como horizonte, según Billig (1987) un mundo "en el que el diálogo entre el "logos" de lo general y el "anti-logos" de lo particular habrá finalmente dado lugar a un monólogo de los poseedores de las poderosas e inalterables verdades del logos" (p.69), es decir, una concepción monológicamente racionalista, en la que se hacen coextensivas la razón, la lógica y la certidumbre. Como es bien sabido, este optimismo cientifista no se ha visto confirmado por la evidencia empírica.

Existe, sin embargo, junto al interés por la percepción social y el cambio de actitud, con su concomitante versión de la influencia social y la persuasión retórica, una psicología social del conocimiento interesada no ya en la búsqueda de leyes universales y ahistóricas del comportamiento cuanto en los procesos de legitimación o justificación del conocimiento cotidiano. Desde este punto de vista lo que interesa no es tanto entender el grado de distorsión de una supuesta realidad objetiva y los mecanismos manipuladores que llevan a producir tal fenómeno cuanto intentar comprender el conocimiento cotidiano como una práctica social, susceptible, como tal práctica, de ser cuestionada en virtud de normas y criterios de adecuación. Es en este ámbito de preocupaciones en el que se produce un encuentro entre una retórica que intenta superar su reducción a mero artificio y una psicología social que pretende superar el objetivismo abstracto. En este sentido, resulta especialmente interesante la propuesta de Billig (1987, 1988 a,b,) quien hace recurso a la retórica más interesada en los procesos de argumentación para fundamentar una psicología social cognitiva. Frente a la metáfora dominante en las teorías de categorización y procesamiento de información que conciben la actividad mental como una tarea de organización y archivo burocrático, propone Billig la pertinencia de una metáfora retórica en la que el modelo de nuestro pensamiento sea el debate público y su sustento, la argumentación. Las unidades psicológicas básicas de pensamiento deben verse, desde este punto de vista, no como representaciones u opiniones singulares sobre objetos o situaciones externos sino como pares de procesos en conflicto. La imagen que se propone, por ejemplo, a la hora de entender las actitudes, es la del orador⁴. El pensamiento es entendido no ya sólo como discurso sino como discusión, en la que se argumentan, o es posible argumentar, los pros y contras de las diversas opciones. Este énfasis en el contexto argumentativo del discurso, implica, por una parte, un concepto retórico del significado, según el cual, el significado de una pieza de discurso no queda clara si se ignora su contexto argumentativo y, por otra, la razonabilidad de los argumentos contrarios, lo que se opone a la idea de la unicidad de la verdad.

Dialogía y retórica

Aunque en su primera obra sobre la argumentación y el pensamiento Billig no hace referencia a Bajtín, es evidente la cercanía entre ambos planteamientos (Bialostosky (1995) Crespo, 1995). En un artículo más reciente (Billig, 1997) hace explícita esta relación. Partiendo de una crítica antiesencialista a la psicología social cognitiva dominante, que intenta explicar, como antes he señalado, el comportamiento como expresión de procesos internos, tales como sistemas de actitudes, identidades sociales o esquemas cognitivos, Billig

⁴ C. W. Mills (1940) analizó muy bien este carácter dialógico de los conceptos psicológicos y, en concreto, del concepto de motivación. Los motivos no son algo que se tenga -como las actitudes en este caso- y se exprese mediante el lenguaje. Los motivos los podemos entender mejor como explicaciones socialmente disponibles, organizadas en vocabularios, susceptibles de ser utilizadas en situaciones que requieren una negociación sobre el sentido de la acción realizada y la dignidad y valía de los actores. Lo que el enfoque retórico vendría a acentuar es el carácter dialógico de este proceso.

señala que “la psicología discursiva y retórica no toma esas esencias ocultas como su objeto de estudio. En su lugar, los psicólogos sociales discursivistas manifiestan que los fenómenos de la psicología social están constituidos a través de la interacción social, especialmente la interacción discursiva.” (p.39) Esta moderna posición de la psicología retórica y discursiva, wittgensteiniana en gran medida, la vincula a la obra de Bajtín: “Hace setenta años el gran lingüista y filósofo ruso Mikhail Bakhtin decía cosas similares.” (*ibid.*)⁵

Bajtín y su Círculo de compañeros, especialmente Voloshinov con cuyo nombre publica –al parecer- algunos textos, están interesados por el estudio del lenguaje, pero –en una posición muy similar a la de los pragmatistas y los interaccionistas simbólicos- el lenguaje lo entienden como una práctica social. La comprensión de la conciencia personal y de los procesos psicológicos que la caracterizan está vinculada, para Bajtín, a esta comprensión del lenguaje como actividad práctica y concreta. Bajtín se vincula explícitamente a las ideas defendidas por Marx sobre la ideología y esto tanto en la obra de 1929 *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (publicada a nombre de Voloshinov) como en sus últimos textos de los años 70⁶.

La idea del lenguaje como práctica lleva a Bajtín a alejarse del modo estructuralista de entender el mismo, que lo considera como estructura formal, como sistema de oposiciones y diferencias (la idea estructuralista del valor del signo como posición, similar al valor de las piezas del ajedrez). La división saussureana entre *langue* y *parole* sólo se sostiene, según Bajtín, al precio de una abstracción respecto a la realidad sociohistórica que constituye el lenguaje. En esa división abstracta, la norma y la estabilidad están del lado de la *langue*, siendo la *parole* una realidad intrascendente, meramente personal. (Decía Saussure que “Al separar la lengua (*langue*) del habla (*parole*), se separa a la vez: 1) lo que es social de lo que es individual; 2) lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental.” (Saussure, 1945:57)⁷. La teoría lingüística del círculo de Bajtín es explícitamente antiformalista –los formalistas rusos aplicaban el estructuralismo saussureano a la teoría de la novela- y distante de la lingüística estructural.

Esta idea del lenguaje como práctica (muy similar, por lo demás, a la del psicólogo ruso Vygotski, contemporáneo de Bajtín) permite fundamentar una psicología social que no sea ni mero idealismo culturalista al estilo de los románticos de la *psicología de los pueblos* ni una psicología mecanicista de tipo conductista. La socialidad de la subjetividad no es, desde esta perspectiva, la consecuencia del encuentro de dos realidades diferentes y opuestas (lo individual y lo social), sino el establecimiento de un punto de vista que permite captar la inherente socialidad de los procesos subjetivos: “Comprender un enunciado ajeno significa orientarse respecto a él, (...) *Toda comprensión es dialógica*. La comprensión se contrapone al enunciado igual como una réplica se opone a otra en un diálogo. La comprensión busca para la palabra del hablante una *contrapalabra*. Sólo la comprensión de la palabra extranjera busca una “misma” palabra en su propia lengua.” (Voloshinov 1992:142). El dialogismo implica una concepción semiológica de la conciencia: “la comprensión misma sólo puede llevarse a cabo mediante algún material sígnico (por ejemplo, en el discurso interior). (...) al signo se le opone otro signo, y...*la propia conciencia*

⁵ Sin embargo, Bajtín escribe en 1943 una nota, publicada recientemente (*De los borradores*. En Bajtín 1997) en la que dice que “La retórica, en la medida de su falsedad [*Izhivost'*], tiende a producir justamente el miedo o la esperanza. Lo cual es parte de la esencia de la palabra retórica (ya la retórica antigua subrayaba los afectos semejantes). El arte (verdadero) y el conocimiento buscan, por el contrario, una liberación de tales sentimientos. Aunque por caminos distintos, la *tragedia* y la *risa realizan esta liberación*.” (p.138). Bajtín parece entender en esta nota –se trata de un texto fragmentado- la retórica en el sentido más habitual y peyorativo, como mero arte de la manipulación de los sentimientos. Sin embargo, creo que el conjunto de sus ideas sobre la dialogía propia del pensamiento no objetual, irónico y popular (no serio, no oficial, no monológico, no violento) son coincidentes con la idea retórica de la antifonía (“un mismo mundo es nombrado de dos formas distintas y dos lenguajes son empleados para hablar de él” dice Bajtín un poco más tarde en el mismo borrador)

⁶ En *El problema del texto en la Lingüística, la Filología y las Ciencias Humanas: Un experimento en análisis filosófico*, por ejemplo, recurre a la *Ideología Alemana* de Marx y Engels para fundamentar su idea triádica del significado: “Karl Marx dijo que sólo el pensamiento pronunciado en la palabra se vuelve un pensamiento real para otra persona y sólo de esta forma es un pensamiento para mí mismo. Pero este otro no es sólo el otro inmediato (segundo destinatario); la palabra se mueve siempre más allá en busca de respuesta comprensiva.” (p. 127).

⁷ Esta dicotomía abstracta, podemos encontrarla de modo similar en la diferencia durkheimiana entre representaciones colectivas y representaciones individuales; al identificar lo social como lo estructuralmente estable -¿el orden establecido?- se ignora el carácter social de la subjetividad y se relega ésta a una psicología metafísica y asocial.

sólo puede realizarse y convertirse en un hecho real después de plasmarse en algún material sónico” (*ibid.* p. 34). El proceso de significación es, por tanto, un proceso psicosocial: “El signo sólo puede surgir en un *territorio interindividual*, territorio que no es “natural” en el sentido directo de esta palabra.” (*ibid.* p. 35).

Para Bajtín la palabra es el material sónico de la conciencia, entendida como discurso interno. Ahora bien, a diferencia de los lingüistas marxistas mecanicistas, como Marr, que consideraba a la lengua como reflejo simple de la clase social, Bajtín considera que el signo no es tanto un reflejo de la realidad como una refracción. Esta idea le permite comprender el carácter múltiple y conflictivo del signo: “*en cada signo ideológico se cruzan los acentos de orientaciones diversas*. El signo llega a ser la arena de la lucha de clases. [...] en realidad todo signo ideológico vivo posee, como Jano bifronte, dos caras. Cualquier injuria puede llegar a ser elogio, cualquier verdad viva inevitablemente puede ser para muchos la mentira más grande. Este *carácter internamente dialéctico del signo* se revela hasta sus últimas consecuencias durante las épocas de crisis sociales y de transformaciones revolucionarias” (*ibid.* p. 49-50)⁸

Una concepción dialógica de la mente permite superar el representacionismo propio de la psicología social abstractamente objetivista. La dialogía implica tensión y conflicto entre distintas *voces* que están presentes en el signo, y cuya legitimidad (razón, verdad, corrección) está en conflicto. Estos conflictos se hacen explícitos en momentos de crisis, cuando las voces no oficiales reclaman su legitimidad y valor⁹. La supresión de la dialogía del lenguaje, tanto del discurso público como del discurso interno o pensamiento, no es un mero acto formal, constituye un acto de violencia, es la entronización de la monología y, por ende, del autoritarismo de una sola de las facetas del signo, aquella que por hegemónica se hace exclusiva y excluyente. Es en este sentido en el que coinciden tanto el concepto de dialogía bajtiniano (“La palabra-violencia presupone un objeto ausente y callado, que no oye ni responde, no se dirige al objeto ni exige su consentimiento, efectuando su poder *in absentia*.” Bajtín, 1997:142) como la argumentación retórica interesada por la argumentación: “Es demasiado fácil –dicen Perelman y Olbrechts-Tyteca (1988)- descalificar como “sofísticos” todos los razonamientos no conformes a las exigencias de la prueba que Pareto llama lógico-experimental. Si tuviésemos que considerar como razonamiento engañoso toda argumentación de esta especie, la insuficiencia de pruebas “lógico-experimentales” dejaría en todos los dominios esenciales de la vida humana el campo enteramente libre a la sugestión y a la violencia.” (p.679)

Para concluir, creo que la introducción de un concepto retórico y dialógico del pensamiento nos permite afrontar de un modo intelectual y socialmente productivo algunos de los problemas teóricos a los que se enfrenta la psicología del conocimiento, y que podemos sintetizar, por un lado, en la posibilidad de entender la pluralidad de posiciones (opiniones y actitudes) que una misma persona puede tener respecto a un mismo tema, persona o situación, sin necesidad de descalificarlo necesariamente como irracional o inmoral, como confusión o hipocresía. La concepción retórica del pensamiento supone concebir que, si bien podemos mantener una posición sobre un tema, ello no implica que la posición contraria nos sea necesariamente inaceptable. Por otra parte, la psicología retórica y dialógica posibilita entender el pensamiento como una actividad discursiva, como un modo de relación social (Maturana y Varela 1996, Crespo 1995); ese discurso y su fuerza, se fundamenta, desde el punto de vista retórico, en los lugares comunes, en aquellos hechos y valores aceptados por el auditorio y considerados como propios por el sujeto/orador/pensador. Esos lugares comunes los podemos entender, desde un punto de vista wittgensteiniano, como formas de vida que fundamentan los juegos de lenguaje. Entender el pensamiento común de esta forma permite comprender, por una parte, la fragmentación posible de nuestro discurso, y por otra, el carácter convencional, contingente y situado de la autoridad y legitimidad de nuestro saber discursivo.

Referencias bibliográficas:

ARISTÓTELES **Retórica**. Edición de Antonio Tovar. Centro de Estudios Constitucionales 1990 (1ª edic. 1953)

⁸ Elsa Drucaroff (1996) pone como ejemplo de la dialogía del signo la anfibología del término “militar” en Argentina, a raíz de la experiencia siniestra de la dictadura militar, donde lo que para algunos seguía siendo un término honorable era para otros ya un insulto.

⁹ Bajtín identificaba el inconsciente freudiano con la voz no oficial; para él no era una cuestión de represión individual sino de exclusión social; de ahí su interés por la novela de Rabelais y la exteriorización de la voz del pueblo y de la risa.

- BAJTÍN, M. (1997) **Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos**. Barcelona: Anthropos.
- BERNSTEIN, R. (1993) "El resurgimiento del pragmatismo". Conferencia dada en el CSIC. Madrid 3/3/93.
- BIALOSTOSKY, D. H. (1995) "Antilogics, dialogics, and sophistic social psychology: Michael Billig's reinvention of Bakhtin from a Protagorean rhetoric" En Mailloux, S. (ed.) **Rhetoric, Sophistry, Pragmatism**. Cambridge. Cambridge University Press.
- BILLIG, M. (1987) **Arguing and thinking. A rhetorical approach to social psychology**. Cambridge: Cambridge University Press.
- BILLIG, M. (1988a) Methodology and scholarship in understanding ideological explanation. En C.Antaki (ed.) **Analysing everyday explanations**. Londres: SAGE
- BILLIG, M y otros (1988b) **Ideological dilemmas. A Social Psychology of Everyday Thinking**. London: SAGE
- BILLIG, M. (1997) "Discursive, rhetorical and ideological messages". En C. McGarty y Haslam (eds.) **The message of social psychology**. Oxford: Blackwell,
- CRESPO, E. (1995) **Introducción a la Psicología Social**. Madrid: Universitas
- DRUCAROFF, E. (1996) **Mijail Bajtín**. B.Aires: Almagesto
- FONTANIER, P. (1977) **Figures du Discours**. Paris: Flammarion
- MAILLOUX, S. (1995) "Sophistry and rhetorical pragmatism". En Mailloux, S. (ed.) **Rhetoric, Sophistry, Pragmatism**. Cambridge. Cambridge University Press.
- MATURANA, H. Y VARELA, F (1996) **El árbol del conocimiento**. Madrid: Edit. Debate.
- MEAD, G.H. (1909) Social psychology as counterpart to physiological psychology. **Psychological Bulletin**, 6, 401-408.
- MEAD, G.H. (1965) **Espíritu, persona y sociedad**. B.Aires: Paidós (edic. orig. 1934)
- MILLS, C. W. (1940) Situated actions and the vocabularies of motive. **American Sociological Review**. 5, 904-13.
- PERELMAN, C. y OLBRECHTS-TYTECA, L. (1988) **Traité de l'argumentation**. Bruselas: Editions de l'Université de Bruxelles.
- PLANTIN, C. (1998) **La argumentación**. Barcelona: Ariel
- ROMILLY, J. de (1997) **Los grandes sofistas en la Atena de Pericles**. Barcelona: Seix Barral
- SAUSSURE, F. de (1945) **Curso de lingüística general**. Buenos Aires: Losada.
- TAGUIEFF, P.A..(1990) Analyse du discours et Nouvelle Rhétorique. **Hermès**, (8-9), 261-286.
- TOULMIN, S. (1958) **The uses of argument**. Cambridge
- TOULMIN, S. (1977) **La comprensión humana. I El uso colectivo y la evolución de los conceptos**. Madrid: Alianza Editorial(ed.orig.inglesa 1972)
- VOLOSHINOV, V.N. (1992) **El marxismo y la filosofía del lenguaje**. Madrid: Alianza (1ª edic. rusa 1929).